

**Rodríguez Puértolas, Julio: *Historia de la Literatura fascista española*; Madrid, Ediciones Akal, 2008, 2ª edición, 2 tomos, 1.334 pp.**

<https://doi.org/10.55422/bbmp.609>

Esta segunda edición de la *Historia de la Literatura fascista española* (2008) es una obra que puede incluirse dentro de la temática de propaganda sobre la Guerra civil española, circunscrita a la historia de la Literatura fascista de la guerra y postguerra. Conviene, en primer lugar, hacer la distinción entre la fascista, falangista y franquista, ya que esta última englobaría mejor, salvo excepciones y ciertas peculiaridades, el contenido del libro.

El lector de este ensayo en dos volúmenes debe prestar atención al prólogo de la segunda edición, donde el autor, Dr. Julio Rodríguez Puértolas, aclara el contenido de la obra y los ataques a esta clase de libros que recuperan la memoria histórica de los vencedores y que en los momentos actuales resultan molestos y polémicos. «Material doloroso», lo llama Pere Gimferrer. Hay quienes preconizan que se olvide el pasado, pero ello es imposible para unos y para otros, cuando las colaboraciones y testimonios están escritos y se hallan en bibliotecas y hemerotecas, a pesar de haberse perdido y destruido muchos de ellos.

Cuando después de la guerra se depositó todo el abundante material de los republicanos en el Archivo de documentación de Salamanca, el jefe del Estado, que cuidó personalmente su propaganda y la del Régimen, no pensó que esa documentación se iba a volver contra los mismo que dieron este paso, al servir y poner en evidencia una feroz represión. Si ello sólo se hubiera utilizado para conservar la documentación como material historiográfico, podría ser disculpable, pero no cuando se empleó de arma contra los vencidos, como denuncia y prueba que ocasionó muchas detenciones y muertes. Pero igualmente lo que después escribieron los vencedores no se puede borrar al estar en revistas, periódicos y libros de propaganda. Es entonces *Historia de la literatura española fascista* un libro de testimonios donde los propios autores de esa propaganda fascista o más bien franquista escribieron lo que ahora les molesta. Sin embargo, no debe confundirse la indudable categoría literaria de algunos autores y obras suyas, con la colaboración que prestaron al Régimen. Son dos cosas diferentes y si lo primero no hay por qué marginarlo, tampoco lo segundo.

Surge entonces una pregunta que debe hacerse al terminar la lectura: ¿Fueron todos iguales en la intención, la forma y en sus consecuencias? Unos colaboraron porque creían que el sistema dictatorial no se acabaría nunca, otros por resentimiento o venganza y también por miedo y compromiso, en tanto que algunos lo hicieron porque les trajo beneficios y fue una manera de contraer méritos para mantenerse en sus puestos bien retribuidos. No faltaron los que, sin contemplaciones, pasaron a ser furiosos propagandistas para evitar males mayores por su anterior colaboracionismo. Así ocurrió, por ejemplo, con Jacinto Benavente o el reventador y luego el extremado e insultante Pérez Madrigal, del partido radical socialista. Naturalmente, hubo arrepentidos como en el caso de Dionisio Ridruejo que, tras ser uno de los jefes de Movimiento, sufrió después persecuciones por ser un converso convencido. Se dio también el caso paradójico de Luys Santamarina, que tras estar en las cárceles republicanas y colaborar más tarde con sus correligionarios, tuvo gestos humanos o cristianos, si se prefiere, al despachar abundantes avales que salvaron a muchas personas en Barcelona. No es menos curioso el caso de Fray Justo Pérez de Urbel, conocido historiador, Consejero Nacional de Falange que se rebajó a dirigir los semanarios propagandísticos infantiles de *Flechas y Pelayos* y *Maravillas*, también

politizados. Igualmente se consideran en el libro los escritores dedicados a la censura de las obras de sus compañeros. Merecen igualmente destacarse, a modo de ejemplo, los casos de autores que se vieron obligados a colaborar y procuraron evitar el ataque insidioso. Así ocurrió con Miguel Artigas y Ferrando que en el libro *Una poderosa fuerza secreta. La Institución Libre de Enseñanza* (1940), ensayo promovido por la Asociación Católica de Padres de Familia de Guipuzcoa, proyectado y dirigido por Fernando Martín Sánchez-Juliá, utilizó contra los krausistas, para no comprometerse, los textos de Menéndez Pelayo. Y aunque su artículo contiene aseveraciones en las que no creía, escribe: «Sería injusto decir que todos eran malos y equivocados; no, no puede negarse el esfuerzo y la actividad de la escuela que ya no filósofa ni casi existe» (p. 30). Artigas, hombre bueno y liberal conocía bien la labor de los institucionistas y fue amigo antes de la guerra de muchos de ellos (Ver *La revista de Santander*, nº 2, Santander, febrero 1930, pp. 94-96). Su protagonismo en la reanudación en el verano de 1938 de los Cursos para Extranjeros supuso una vuelta al origen y evitó que la institución desapareciera bajo el signo franquista. En sus conferencias no se le conoce temas políticos. Era entonces Artigas director de los citados cursos y también de la Biblioteca Nacional, en tanto el profesor Joaquín de Entrambasaguas, secretario de los mismos figuró como Delegado de Educación de Falange.

Quizá el ejemplo más curioso y llamativo sea el de los hermanos Antonio y Manuel Machado. En tanto el primero canta a la pistola de Lister y muere en el exilio, el segundo, de la Real Academia Española, publica en Valladolid en 1938 *Poetas de España. Horas de oro. Devocionario poético* (1938), con poemas a personajes políticos y religiosos y cantos a Franco, oración a José Antonio y recuerdo a Emilio Mola, entre otros. Pero es la lectura de la dedicatoria al Jefe del Estado la que produce sonrojo en este libro.

Los menos disculpables fueron los que atacaron a personas con un lenguaje insultante y utilizaron la denuncia. Ahora bien, podemos preguntarnos que categoría literaria tiene la mayoría de la llamada literatura de acusación y propaganda contra los republicanos. Salvo excepciones, no merece destacarse por una calidad literaria o historiográfica seria y de mérito. Una buena novela o un ensayo histórico objetivo y documentado merecen siempre un respeto, pero repetimos no fue lo habitual, al no haber libertad de expresión.

Hay un aspecto que se trata en el libro y es importante. Me refiero a las funciones de las Delegaciones Provinciales de Información, Propaganda y Turismo que denunciaban la existencia de libros prohibidos por el Régimen y determinaban la idoneidad de una publicación. La temible censura fue durísima sobre todo con el teatro. Esta literatura franquista fue vigilante y severa principalmente en la ocupación de cátedras en los primeros momentos.

La obra, bien estructurada, se sostiene a base de los textos seleccionados a los que se alude. Se compone de dos volúmenes y está formada por cinco capítulos en el primero de ellos, con una introducción general respecto al fascismo español, teóricos e ideólogos, seguido de la literatura escrita hasta 1936 y la correspondiente a la guerra civil desde esta fecha a 1939. La forman la producción inserta en diversos diarios y revistas con contenidos de poesía, narrativa y ensayo. Los dos últimos capítulos comprenden la construcción del Estado totalitario y los instrumentos de su dominio, con los escritos de 1939 a 1975. El volumen segundo es continuación de la literatura del periodo anterior en todas sus modalidades, incluida la del propio general Franco, para terminar en la etapa titulada fascismo y democracia hasta 2007.

Por ejemplo, en el epígrafe sobre Leyes represivas y depuraciones aparece la lista de una parte de los profesores desafectos al Régimen que perdieron sus cátedras en 1939 de Historia, Literatura o Filosofía. En Ciencias ocurrió otro tanto y lo mismo en Magisterio y otras profesiones.

Le sigue al texto una bibliografía con trabajos precursores del tema, donde ya se trató este problema por ciertos autores, como Elías Díaz, Fernando Díaz-Plaja, Raúl Morodo, J. Terrón Montero, M. Tuñón de Lara y otros. Un índice onomástico señala los autores citados de diferentes maneras.

Las ilustraciones recogidas de diversas fuentes, en su mayor parte sacadas de revistas y de la prensa, son algunas poco conocidas y complementan los textos.

Peca el libro de citar a personas por los pelos y sin fundamento para incluirlos en un libro de autores fascistas. Por ejemplo, al referirse a la revista «Proel, Cuadernos de Poesía» (Santander, 1944-1950) podemos decir que el fundador y director eran personas pertenecientes al Régimen, y en sus páginas figuraron falangistas, junto a otros que no lo fueron e, incluso, colaboraron personas contrarias ideológicamente. No tuvo nunca por ello el carácter de una revista politizada. Incluir en el libro a José Hierro, que pasó por las cárceles franquistas, resulta excesivo por haber elogiado a Alfonso López Gradolí, autor de Poemas falangistas, personaje al que se refirió Hierro seguramente por compromiso. Lo mismo ocurre con Ricardo Gullón que fue de Izquierda republicana y pasó por una larga depuración. La inclusión en el libro de Ramón Menéndez Pidal es un hecho un tanto forzado.

Toda producción escrita, y por supuesto la literaria, pasaba por la censura y era impensable escribir contra el Régimen. Había entonces muchas revistas en las que colaboraron personas que eran indiferentes a la política del momento, ya que de otra manera había que publicar los artículos fuera de España. Quizá una de las pocas publicaciones que no pasó por la censura fue el *Boletín de Derecho Político de la Universidad de Salamanca*, dirigido por Enrique Tierno Galván, en el que colaboraron personas independientes e incluso críticas y contrarias al Régimen. Lo mismo pasó después con *Cuadernos para el Diálogo* regidos por Ruiz Jiménez, otro de los políticos que puede incluirse entre los conversos.

Esta segunda edición está corregida y aumentada al uso, como se dice vulgarmente. En ella se incluyen nuevos nombres, pero no parece lógico incluir en esta clase de Literatura, como decimos, a simples colaboradores, que publicaron trabajos poéticos o narrativos en las únicas revistas literarias que había entonces o se vieron obligados a hacerlo, aunque sirvieran de propaganda, ya que entonces habría que añadir un tercer volumen.

BENITO MADARIAGA  
SOCIEDAD MENÉNDEZ PELAYO